

riablemente *demuestra* las verdades ideológicas de sus respectivos autores), el análisis que nos ofrece Iñaki Iriarte no culmina en sus propias verdades. Lo que nos ofrece no es una seguridad sino una pregunta. Del pasado deduce que es pasado y que en él, el problema de la identidad “se encuentra planteado en unos términos tan diferentes a los actuales que, en lugar de proporcionarnos una salida a las discusiones contemporáneas, nos exige trascenderlas, reclamando un marco diferente donde replantear el problema” (p. 351). Malas noticias, por tanto, para todos aquellos que *saben* qué es Navarra o qué *son* los navarros *porque así lo demuestra la historia*: el trabajo de Iriarte propone, precisamente, la necesidad de sacudir, de remover desde la raíz esas seguridades.

Ambrosio Huici, el historiador de las Navas arriba citado, recibió como premio a su impertinencia el “más absoluto silencio sobre su obra en Navarra”. Espero que la impertinencia de Iñaki Iriarte, por el contrario, sea premiada con la lectura y la reflexión sobre este libro, fino en sus comentarios e inteligente en sus propuestas.

Santiago Leoné



JIMÉNEZ DE ABERASTURI CORTA, Juan Carlos

De la derrota a la esperanza: políticas vascas durante la II Guerra Mundial (1937-1947)

Oñati : Instituto Vasco de Administración Pública / Herri-Ardulariaritzaren Euskal Erakundea, 1999. – XLI, 963 p. ; 24 cm. – (Tesis doctorales). – ISBN: 84-777-207-X

Si la Historiografía vasca en general es un medio adecuado para que se desarrollen bacilos mitificadores y bacterias manipuladoras, de la que tiene por objeto de su estudio este siglo XX que acaba de extinguirse podríamos decir que es su biotopo más idóneo. Si para acercarnos a conocer nuestro pasado más remoto hay que realizar grandes esfuerzos, es curioso que grandes parcelas del más reciente nos resulten tan recónditas o más que aquel. Esto se debe, además de a las circunstancias que durante este siglo ha conocido nuestro país, a que hay varias y diferentes voluntades empeñadas en hacérselo más difícil.

Una Guerra Civil y dos dictaduras que, en total, suman 46 años de este siglo no facilitan verdaderamente que las fuentes se hayan podido conservar y clasificar, ni que los autores hayan tenido las condiciones más favorables para desarrollar su trabajo en un ambiente libre y favorable a la controversia y al debate.

Hoy es el día en que todavía es difícil acceder a muy numerosa documentación de distinto origen que podría aportar nuevas y muy importantes informaciones sobre

momentos todavía oscuros del siglo XX vasco. Entre otros ejemplos, los archivos militares y de la Guardia Civil siguen prácticamente cerrados a la investigación con lo que limitan gravemente el conocimiento de la Guerra Civil y el franquismo en sus aspectos más represivos. Los archivos del PNV han tardado sospechosamente demasiado en ser puestos a disposición del público y no de forma total. Los archivos de ELA-STV se creyeron desaparecidos durante la II Guerra Mundial y siguen sin estar accesibles. Numerosos archivos privados siguen sin poderse consultar, ni estar organizados debidamente... graves carencias que nunca serán demasiado señaladas.

Si todo esto dificulta gravemente el conocimiento de lo sucedido en el interior del país, que será adentrarse en los recovecos de la clandestinidad y del exilio; tan importantes en un siglo que, como hemos señalado, ha conocido 46 años de ausencia de libertades públicas.

Esta es la tarea que se marcó Juan Carlos Jiménez de Aberasturi cuando lo escogió como tema de su tesis doctoral; obra que acaba de ver la luz publicada por el IVAR. No se trata precisamente de un neófito, a pesar de su reciente doctorado, en el estudio de nuestra más reciente Historia. Lleva más de veinte años luchando contra esas carencias y obstáculos que citábamos, intentando desenmarañar el ovillo de mitificaciones y verdades a medias tejido por unos y por otros.

Además de su labor investigadora reflejada en un buen número de artículos y libros en los que trata aspectos tan poco conocidos y estudiados como la Red Comète, y de recopilación de fuentes de todo tipo, Jiménez de Aberasturi es un importante impulsor de los estudios locales. Ha convertido, con no pocos obstáculos, su refugio del Archivo municipal en un centro de estudio de la Historia de Rentería –que puede alardear de tener una Historiografía estudiada como pocas localidades– sin olvidar nunca el contexto y sin caer en localismos. Desde allí es el director de la revista *Bilduma*, donde numerosos jóvenes historiadores hemos tenido una oportunidad para publicar trabajos, encontrando en él siempre un apoyo y un consejo en los difíciles momentos del inicio en la investigación, sin duda alguna los más necesarios y cuando más se agradecen.

Desde hace años ha centrado sus investigaciones en el estudio de la Guerra Civil y el exilio, en los que –cómo se puede apreciar en el volumen de que hablamos– ha sabido sortear la ausencia y ocultación de fuentes con el empleo de fuentes alternativas y metodologías ahora tan en boga como pueda ser la Historia Oral. Además, y tratándose del exilio, se acerca importantemente a la realidad del País Vasco continental, relacionando los hechos a uno y otro lado de la *muña* en un verdadero ejercicio de investigación transfronteriza que enlaza ambos territorios.

Este libro, es el resultado de una investigación que fue defendida como tesis doctoral en la Universidad del País Vasco hace poco más de un año y que, como en mi parecer acertadamente la define el autor del prólogo –es un poco la historia de “la nación vasca itinerante en el exilio”, a partir de la ocupación por los franquistas en junio de 1937 del territorio controlado por el Gobierno Vasco. Es una historia en la que se enfrentan dos concepciones del País Vasco, aliadas de manera coyuntural un año antes en 1936, pero que estaban condenadas a ese enfrentamiento por las fuertes

contradicciones que existían entre ambas: nacionalistas e izquierdas. Es evidente que, en caso de haberse impuesto el gobierno de la República a los facciosos, la situación resultante –aún siendo atrevido realizar futuribles– habría provocado enfrentamientos impredecibles dentro de la coalición antifascista que lo defendía.

Esto se hubiera dado en el ámbito de España y, cómo no, también a escala vasca. En el Gobierno Vasco el PNV consiguió adquirir un peso hegemónico, superior al que tenía al comienzo de su andadura, y había conseguido atraer hacia su política “nacional” además de al pequeño partido de izquierda nacionalista ANV, a algunos sectores comunistas y socialistas. A causa de la guerra dispuso de una autonomía de facto muy superior a la que le reconocía su Estatuto y, si los franquistas hubiesen sido derrotados, se habría producido un indudable conflicto de poderes con el gobierno de la República y sus partidarios vascos.

Pero se produjo la derrota e, inevitablemente, las contradicciones salieron a flote aunque de forma distinta. El casi seguido comienzo de la II Guerra Mundial también tuvo su influencia, y las estrategias y tácticas políticas variaban y se alternaban de forma mucho más rápida que en períodos más tranquilos. El drama de los exiliados en Francia se incrementó en 1940 con la victoria de los nazis, agravando la situación y las tensiones entre las diversas fuerzas políticas que, en vez de reforzar su unión, no paraban de echarse a la cara viejos reproches y de intentar “barrer para casa”.

Con el PSOE prácticamente escindido y atomizado en diversas corrientes que se odiaban entre sí, y un PCE y una CNT bastante más débiles que en otras zonas, el PNV consiguió aumentar la hegemonía conseguida durante los nueve meses escasos que duró la experiencia autónoma de 1936-1937. Llegando a confundir el partido con el Gobierno Vasco, el nacionalismo se va a apoderar de los resortes financieros y asistenciales del exilio en beneficio de sus seguidores y ante el enojo de sus oponentes que, poco podrán hacer en la situación que se encontraban.

Aunque la dispersión de sus líderes va a provocar fricciones en su seno –véase el capítulo dedicado a la experiencia del Consejo Nacional Vasco de Irujo– el PNV va a conseguir mantenerse como la fuerza mejor estructurada y organizada del exilio, episodios lastimosos como la caída de la red Álava aparte. La nueva coyuntura internacional va a hacerles replantear su estrategia autonomista, sustituida por otra de “frente nacionalista” a la que intentarán atraer, incluso bajo fuertes presiones, a las otras fuerzas políticas vascas.

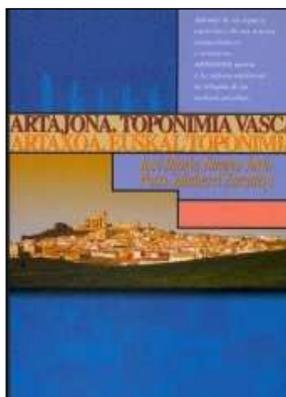
Si las victorias alemanas de 1940 provocaron una deriva fascista de varias fuerzas nacionalistas europeas que pensaban conseguir sus objetivos apoyando al Nuevo Orden nazi; en el caso vasco se produjo un efecto contrario pero paralelo. Como el gobierno de Franco se había impuesto apoyado por Hitler, poco podían esperar de su victoria las aspiraciones nacionalistas. Por eso decidieron unirse con todas sus fuerzas al carro de los aliados, con la vana esperanza de que tras el triunfo de estos conseguirían ver cumplidos sus viejos sueños de crear un estado-tapón vasco entre Francia y España bajo protección británica. Si en 1939, antes del comienzo de la guerra mundial, el Gobierno Vasco ya ofreció sus modestas fuerzas a Francia para combatir a Alemania, con la entrada de los americanos en la guerra en 1941 se acentuó esta tendencia.

Irujo, desde Londres, y Aguirre, desde América, jugaron a fondo la carta anglo-sajona valorando siempre en demasía lo que podían ofrecer y, sobre todo, la importancia que les concedían sus posibles aliados.

Así fueron transcurriendo los años de la guerra, entre ilusiones y continuos enfrentamientos entre “nacionalistas” y “autonomistas”. Mientras los socialistas seguían sumidos en el desorden interno y los comunistas atados a la estela de Moscú, el PNV fue perfeccionando sus actividades de espionaje en Europa y América al servicio de los aliados, hasta construir una pequeña pero bastante efectiva red. Con la liberación de Europa occidental y el final de la guerra las esperanzas de un retorno triunfal se hicieron más reales, pero por poco tiempo. La situación político-militar cambió rápidamente y, ante el peligro comunista, los aliados anglo-sajones mostraron pronto que no estaban por la labor de iniciar aventuras en la Península Ibérica. El exilio republicano no constituía una garantía de recambio de Franco para ellos y, aunque no lo quisieran creer, los nacionalistas vasco iban incluidos, a ojos de ingleses y americanos, en el mismo lote desestabilizador.

Es por eso que el autor termina su trabajo en 1947, cuando con el inicio de la guerra fría cualquier observador de la realidad podía advertir que las esperanzas nacionalistas debían nuevamente entrar en letargo. A partir de este momento, los exiliados en su conjunto llevaran una lánguida vida de opositores de salón que durará casi tres décadas y que, no dudamos, alguien sino es el mismo autor de este volumen, deberá estudiar detenidamente.

Mikel Zabaleta



JIMENO JURÍO, José María; SALABERRI ZARATIEGI, Patxi
Artajona. Toponimia vasca
 Tafalla : Altaffaylla Kultur Taldea, 1998. – 226 p. il. ; 24 cm. – (Altaffaylla Kultur Taldea ; 22). – ISBN: 84-920165-7-4

José María Jimeno Jurío eta Patxi Salaberri Zaratiegik egindako lana eta 1998an argitaratua Altaffaylla kultur taldearen, Nafarroako Gobernuaren eta Sociedad de Corralizas y Electra de Artajona-ren babespean.

Liburuak Artaxoako euskal toponimiaren azterlana, 256 euskal toponimoena, azaltzen digu. Herriari berari eskainia dago “bere nekazaritza ondasun eta altxor arkeologiko eta artistikoez gain kultura unibertsalari bere euskara bereziaren erlikia eransten diolako”.